

POLICARPA SALAVARRIETA

Por
OSWALDO DIAZ DIAZ

Hace años no se daban cita al pie de este sencillo monumento miembros de la Academia Colombiana de Historia, representantes de las Fuerzas Militares, y delegaciones de los Colegios Femeninos Oficiales de la Capital, ni formaban las tropas de la República con armas y cajas de guerra, para rendir honores dentro del programa oficial de las festividades patrias en homenaje a nuestra heroína máxima; a esta valerosa, noble, virtuosa y abnegada mujer, a quien tanto debemos, a quien tanto olvidamos y a quien se ha llegado a ultrajar en sus más preciados atributos de honores.



tividad, de delicadeza y de exquisita feminidad. La Junta de Festejos Patrios del presente año merece nuestra gratitud por haber reparado tal olvido y ojalá que las que la sucedan perseveren en congregar aquí, año tras año, a las gentes patriotas, agradecidas y que conservan el culto de los héroes nacionales, para que la mujer tenga también su parte de exaltación y de reconocimiento en las conmemoraciones anuales de nuestra historia patria.

Los personajes que conciertan la admiración popular, a veces son víctimas de su propia leyenda o de rótulos que se fijan sobre ellos con tenacidad que ni la más porfiada rectificación histórica alcanza a arrancar en muchos años. Tal sucede con Policarpa Salavarrieta. Para unos es sólo un toque sentimental en el cortejo de los próceres y mártires; para otros, una pintoresca figura, encarnación del pueblo bajo; para algunos y Dios los perdona una voluntaria pérdida a la zaga de las tropas, olvidada de sus respetos, enamorada impetuosa de un subalterno como cualquier hija del regimiento. Nada tan falaz como esta última interpretación.

Contra estas visiones desalumbra-
das o francamente calumniosas de nuestra Policarpa vengó, a decir mi verdad, que es la verdad de los documentos, la de las memorias de sus contemporáneos y no la de sus exógetas o la de sus detractores de las últimas épocas, pues la admiración popular y la glorificación literaria, si bien han exaltado la persona de la Pola y no han dejado marchitar su recuerdo, han construído alrededor de su figura una especie de conseja, magnificando lo sentimental y novelesco, pero disminuyendo y opacando la que fue su positiva y eficaz ayuda en la obra de la emancipación, en el sostenimiento y organización de una oculta resistencia y en un porfiado trabajo

subversivo, en momentos en que aún viejos servidores de la libertad desconfiaban de verla restablecida en nuestro suelo y se avenían con los opresores.

Nació Policarpa Salavarrieta en un hogar digno, virtuoso, cristianísimo, el de Joaquín Salavarrieta y Mariana Ríos o del Río, y conocemos el nombre de sus cuatros abuelos. Tres de sus hermanos fueron sacerdotes ejemplares, algunas de sus hermanas y hermanos formaron hogares arreglados y virtuosos, y del testamento de Joaquín Salavarrieta, sabemos que era hombre de regular fortuna, que había emprendido negocios de agricultura y comercio y que era amigo de alhajar su casa y mantener a su familia con comodidades, de acuerdo con las costumbres y gustos de la época y dentro de una medianía social acomodada. De la honestidad y buenas costumbres de este hogar nadie tiene derecho a dudar con buena fe, pues ahí están las cuidadosas informaciones que se presentaron al solicitar el ingreso de José María de los Angeles Salavarrieta Ríos al convento de Agustinos Calzados de Santafé de 1804. Iguales debieron hacerse para los otros dos hijos sacerdotes de esta familia, José y Bibiano. La suerte se ensañó con este hogar, pues tanto Joaquín Salavarrieta como Mariana Ríos murieron en el año de 1801, cuando la epidemia de viruelas en la Nueva Granada. En el corto término de un mes, se hallaron huérfanos de padre y madre los siete hermanos, cuando Policarpa según nuestros cálculos tenía 6 años y el menor de todos, Vicente Bibiano, apenas un poco más de año y medio.

Sobre la educación y las virtudes que adornaban a Policarpa en medio de la pobreza y la laboriosidad que le imponía su condición de huérfana, es testimonio precioso el del Canónigo Francisco Javier Zaldúa, cuando, al

hacer el manuscrito de la biografía de su abuelo asentó esta constancia: "Por tener grandes propiedades y otros negocios en Honda, (el Doctor Manuel María Martínez de Zaldúa), viajaba con frecuencia de Santafé a esa ciudad y posaba en Guaduas en casa de los Salavarrías. Allí conoció a Policarpa que era niña todavía, comprendió el talento y demás cualidades morales de esta joven encantadora y de acuerdo con sus padres la trajo a Santafé a educarla en la casa de su hermana Doña María Matea Martínez de Zaldúa de Fernández de la Herranz, que era entonces una de las casas más aristocráticas y de mayor tono que había en Santafé. En esta casa vivió Policarpa como en familia, recibió la misma delicada educación de los hijos de doña María Matea, se inspiró en los sentimientos de piedad cristiana que la hicieron tan buena e inflamó su corazón y su mente en el amor a la Patria hasta el punto de tener la dicha de morir por ella". Hasta aquí la cita del documento.

Así nuestra heroína se halla asociada con próceres y con las familias de dos Presidentes de Colombia: el General Pedro Alcántara Herrán y el doctor Francisco Javier Zaldúa. A la luz meridiana de este documento, qué fallaces aparecen algunos escritos y cuán injusta la idea que muchas gentes, aún algunas que se creen ilustradas, tienen sobre nuestra Policarpa.

Admirémosla ocupada en las labores de su hogar, atareada con dos hermanitos de pocos años y tratando de aumentar el averiado haber familiar con sus trabajos de costurera en las casas ricas de la Villa de Guaduas y más tarde en Santafé.

Recordemos las últimas palabras citadas: "Recibió la misma delicada educación de los hijos de doña María Matea, se inspiró en los sentimientos de piedad cristiana que la hicieron



OSWALDO DIAZ DIAZ

tan buena e inflamó su corazón y su mente en el amor de la Patria hasta el punto de tener la dicha de morir por ella". Creo yo que el corazón y la mente de Policarpa se inflamaron aún más en ese amor patriótico por la suerte corrida por su hermano menor, Bibiano, cuya hoja de vida como militar nos demuestra que a la edad de trece años comenzó a servir en las tropas de la República como aspirante de artillería, que se incorporó en el ejército que mandaba Custodio García Rovira, que se halló en la acción de Cachiri, que luego sirvió bajo el mando de Serviez y que en la trágica retirada de éste cayó prisionero en el combate de la Cabuya de Caqueza y fue sometido a dura prisión. Su escasa edad hizo que fuera puesto en libertad. El regreso del adolescente Bibiano, veterano de una campaña y de dos combates sangrientos y víctima de una dura prisión tuvo que provocar el entusiasmo insurgente de la Pola, su inconformidad contra el régimen establecido por los pacificadores y la acción subversiva que contra ellos inició en la propia Villa de Guaduas, hasta hacerse sospechosa a las autoridades españolas. El afecto por el menor de sus hermanos, con quien había compartido estrechamente el dolor de la orfandad y las privaciones subsiguientes, acendró en esta muchacha de

**TEXGUM
LTDA.**

*Pegantes
Industriales*

**CALLE 10 No. 32-32
TELEFONO 476-098
APARTADO AEREO 10809**

BOGOTA—COLOMBIA

genio vivo y resuelto el sentimiento de amor por la Patria y la llevó a la protesta y a la acción.

Para escapar de la persecución en Guaduas y acreditada de sincera patriota por dos de los pro-hombres de la insurgencia, José Ignacio Rodríguez y Ambrosio Almeyda, tomó de la mano al menor de sus hermanos, echó sobre el hombro su ligero avío y vino a golpear a las puertas de doña Andrea Ricaurte de Lozano, cuya casa era foco de insurrección y central de informaciones y auxilios para los patriotas ocultos y para las pocas reliquias militares que existían en Casanare.

Con esta señora y bajo su amparo vivió Policarpa los meses de su segunda permanencia en Santafé, que fueron también los últimos de su meritoria vida. Nunca compartió los azares de una campaña. Nunca calentó sus miembros a la fogata de un campamento. Nunca mezcló su vida a la gloriosa pero suelta de los guerrilleros libertadores, ni mucho menos a la de las tropas regulares, ya que éstas habían sido borradas de sobre el haz de la Nueva Granada por la invasión de Morillo. No compartió la vida militar con Alejo Sabaráin, quien estaba fuera de las filas patriotas desde 1816, al caer prisionero en la Cuchilla del Tambo, y que nunca, por más que se afirme, fuera sargento de las tropas españolas. No hay históricamente ni la mota de una sospecha que empañe el cristal de su honestidad y, en cambio, confirmando lo ya dicho por el sacerdote Zaldúa, veamos el testimonio de sus contemporáneos: "Joven virtuosa", la llama Ambrosio Almeyda; "digna de vivir en la posteridad para honor del bello sexo" escribe el austero don José Manuel Restrepo; "despercudida, arrogante y de bellos procederes, bien parecida y de buenas prendas, constante e incompa-

rable mujer" son palabras del cronista José María Caballero; Rafael Pombo, en casa de cuya abuela fue costurera Policarpa, afirma que "la apreciaban y querían mucho en esta capital por sus rarísimas virtudes". No creemos nosotros que los dos venerables padres Salavarrietas, quienes trataban con su hermana y la visitaban en su último escondite, la hubieran apreciado así de haber llevado una vida irregular. La costura como en Guaduas fue la ocupación de Policarpa en Santafé, pero la verdadera actividad y a la que dedicó inmediatamente todo su entusiasmo, fue la conspiración, la acción oculta pero tenaz y eficazísima contra el gobierno español de Sámano y contra el ejército expedicionario que había traído Morillo.

Dice doña Andrea Ricaurte en su relación: "Con la llegada de Policarpa, los trabajos políticos se aceleraron y como ella no era conocida en la ciudad, salía y andaba con libertad, facilitaba la correspondencia con las juntas y con las guerrillas". Imaginemos nosotros la atareada vida de la Pola en Santafé; por una parte atendía a sus trabajos de costurera en varias casas de familias distinguidas, por otra, llevaba correspondencia oculta de unas partes a otras, husmeaba en los cuarteles, recogía noticias y vino a convertirse al poco tiempo en una auxiliar indispensable en el movimiento oculto de los patriotas. Su belleza natural, su juventud, su despejo inteligente, hasta su cutis aperlado y sus andares eurítmicos de calentana contribuyeron a facilitar esos trabajos. Frecuentemente iría al convento de San Agustín, donde se hallaban sus hermanos mayores, los padres Salavarrietas, lo cual le daba ocasión de pasar sin sospecha frente a los cuarteles para avizorar lo que ocurría adentro, para enterarse de qué unidades iban llegando, cuáles partían,

Tejidos *Leticia Ltda.*

- ◆ PAÑOS
- ◆ MANTAS
- ◆ RUANAS
- ◆ PONCHOS
- ◆ HILAZAS
DE
LANA

MEDELLIN
BOGOTA
CALI

qué armamento se entregaba a las tropas. Los conspiradores fueron franqueándose con ella y hubo un momento en que en sus manos estuvieron todos los hilos y en que se vió convertida en el centro y el eje de un complicado engranaje subversivo, cuyas piezas se extendían hasta los llanos remotos y las provincias más revoltosas. En su órbita vinieron a girar muchas personas. Nosotros por documentos incontestables conocemos hoy los nombres de algunas de ellas; Alejo Sabaraín, José María Suárez, Esteban Marufu, José María Arcos, Francisco Arellano, Antonio Galeano, José Manuel Díaz, José Hilario López y su hermano Laureano, Ambrosio Almeyda y su hermano Vicente, José Joaquín Céspedes, Pedro Antonio García, el Presbítero Francisco Mariano Fernández, José Ignacio Rodríguez y su hermana Carmen de Gaitán, Juan de la Cruz Molano y Francisco Vega y no sabemos cuantos más. En muchos de ellos el encanto de Policarpa debió hacer palpitar un sentimiento de admiración y en algunos de ellos de amor. La historia y la leyenda han escogido a Alejo Sabaraín, joven de distinguidísima familia de Honda, veterano de la campaña de Nariño, prisionero de la Cuchilla del Tambo, sometido a consejo de guerra, escapado milagrosamente del fusilamiento en Popayán y recluso en el presidio correccional de Santafé. De este último padecimiento lo sacó un indulto que le devolvió la libertad e inmediatamente cayó en la órbita de la conspiración y se aproximó a Policarpa. Guaduas era punto obligado de paso entre Honda y Santafé. Pudo haber conocido a la adolescente costurera años atrás pero el romance sentimental, si es que entre ellos efectivamente lo hubo, no tuvo por ámbito los campamentos sino la modesta casa de doña Andrea Ricaurte, en medio de

los azares de la conspiración, del escondite y bajo la zozobra de la policía militar española dirigida por el sagaz y despiadado sargento Anselmo Iglesias.

La palabra amante que emplearon algunos contemporáneos y que para ellos no significaba sino la de enamorado, como puede verse en obras de teatro y en novelas de ese tiempo, ha torcido las imaginaciones de muchos, haciéndolas ir a la deriva en busca de pasiones tumultuosas.

Hacia la mitad de 1817 llegaron a Santafé por los ocultos caminos de la confidencia las noticias de victorias obtenidas en los llanos por partidas al mando del Padre Mariño, de Juan Galea y de Ramón Nonato Pérez, y así las poblaciones de Chire, Pore y La Salina, cayeron en manos republicanas. Estos hechos alertaron a Sámano en su doble carácter de Gobernador y de Comandante de la división realista que guarnecía el Nuevo Reino, pero, al mismo tiempo, reavivaron las llamas del patriotismo. Comenzaron a producirse desertiones de militares patriotas obligados a servir en las tropas de la reconquista y la actividad que giraba en torno de Policarpa alcanzó un ritmo premioso y arriesgado. Cinco antiguos soldados de la primera patria que servían en los cuarteles, entre ellos José María Arcos, quien tenía el cargo de escribiente en la Sub-Comandancia del Batallón Tambo y por cuyas manos pasaban listas de revistas, órdenes y egidos de su tropa, decidieron desertar con el auxilio de Policarpa y de sus compañeros de conspiración. Los otros cuatro eran José María Suárez, Esteban Marufu, Antonio Galeano y José Manuel Díaz. De este plan aprovecharon también dos de los prisioneros recientemente indultados, que fueron Alejo Sabaraín y Francisco Arellano. Varias rutas se ofrecían a

los temerarios patriotas que querían burlar la vigilancia española: la del Valle de Tenza, la de Cáqueza y la del Guavio, esta última fue la escogida, por cuanto se contaba con la ayuda del Presbítero Francisco Mariano Fernández, capellán patriota, veterano de varias campañas, prisionero en la acción de La Plata y cura de Gachetá, y con la de Manuel Salvador Díaz, mayordomo de fábrica de la misma población.

Arcos copió o sustrajo importantes documentos militares de los que pasaban por su mano de escribiente y con sus cuatro conmitones y los dos indultados del presidio se dispuso a la fuga. Policarpa con los últimos adioses entregó a Sabaraín correspondencia secreta para Ramón Nonato Pérez, comandante patriota de los llanos, entre la cual iban listas de los patriotas ocultos y de los más empecinados realistas, lo mismo que la de algunas personas que habían hecho el doble juego bajo el duro régimen del terror.

En la noche, disimulando el brillo de las armas y sustrayéndose a las rondas, los desertores y sus dos compañeros tomaron el camino hacia Cuasaca y el páramo para salir por la vía de Gachetá al ámbito libre. Advertida la falta de los soldados en la lista diaria del cuartel, se desencadenó la máquina de las pesquisas y de las delaciones. Doña Andrea Ricaurte de Lozano, la protectora de Policarpa, tuvo que cambiarse a una habitación aún más modesta en la falda del cerro, cerca de la plazuela de Egipto. En algún lugar de su camino hacia la libertad, cayeron presos los siete y además Manuel Salvador Díaz, el decidido patriota gachetuno. En poder de Arcos se hallaron los documentos militares y en manos de Sabaraín la correspondencia secreta de los patriotas, la cual señalaba a Policarpa co-

mo la principal responsable. Fue entonces el diestrísimo sargento Anselmo Iglesias quien rastreó los tímidos pasos del jovencito Bibiano Salavarría, que lo condujeron a hallar a Policarpa en su modesto refugio.

Deseo aprovechar esta ocasión para llevar al convencimiento de quienes me oyen una noción indispensable y que se ha desdeñado muchas veces. Los patriotas ocultos, hombres y mujeres, al dedicarse a esta peligrosa actividad, no lo hacían por un simple sentido de aventura o de resentimiento, sino de patriotismo y sacrificio. Sabían ellos que las rígidas disposiciones de las Leyes de Partida y de la Recopilación castigaban con pena de muerte el delito de traición o lesa majestad. Sabían los militares, porque así se lo repetían semanalmente a la hora de las oraciones, que las reales ordenanzas del ejército castigaban al desertor y a sus auxiliares con pena capital, tras sentencia de consejo de guerra sumarísimo. Habían visto levantarse los patibulos que se escalonaron desde Cartagena y Pamplona hasta Popayán y Pasto, al paso de las tropas españolas de la reconquista. Tenían la certidumbre de que para ellos, en caso de ser sorprendidos, se preparaba la misma suerte y que ni la condición de mujer, ni siquiera las órdenes sagradas serían óbice para colocarlos ante el pelotón de fusilamiento. Sin embargo, se entregaron con resolución, con perseverancia y con completo conocimiento del riesgo que corrían, a servir la causa de la libertad en una forma secreta que ni siquiera les ofrecía como compensación los halagos de un triunfo personal y visible. No se ha hecho justicia completa a estas gentes de la resistencia patriota que fueron muchas y de las cuales unos pocos nombres se conocían y otros van apareciendo a medida que con amor y devoción se con-

sultan los dispersos y entrecortados archivos de la época. No es como se piensa que quienes investigamos en estas cosas de la Independencia, estemos inventando próceres. Es que hay próceres sepultos, que esperan entre el polvo de los archivos a que alguien, siguiendo las enseñanzas del Tautomurgo Divino, les llame desde la vida, diciéndoles: ¡Sal fuera! ¡Levántate y anda!

Sorprendida Policarpa, ella y su hermanito Bibiano fueron puestos en inmediata prisión. Con toda la celeridad de los juicios sumarios ante consejo de guerra, se siguió la causa contra ella y sus compañeros. Presidió el consejo el coronel don Carlos Toirá, comandante del Batallón Numancia; el brevísimo juicio, en el cual los reos solo contaban con la tímida y apresurada defensa de los mismos militares expedicionarios, terminó con las nueve sentencias de muerte. A mi mente resalta una curiosa coincidencia; estos nueve mártires vieron transcurrir sus horas de dolor y de angustia y se prepararon para las postrimerias de muerte, juicio y gloria, en los dos claustros venerables donde se habían formado las inteligencias granadinas en más de dos siglos; el de San Bartolomé, convertido en Batallón del Tambo y que fue prisión para ellos durante el juicio, y el del Rosario donde pasaron las últimas doce horas de su vida.

Todos sabemos el valor verdaderamente espartano de Policarpa en aquellos difíciles trances. Una especie de enajenación desafiadora y elocuente la poseía y la llevaba a demostrar sin ambages sus nobles sentimientos patrióticos y a rechazar las ofertas que se le hicieron de obtener algún alivio o indulto si se desdecía de su probado patriotismo.

La Real Audiencia de Santafé, establecida hacía poco, y que veía maltratado su fuero por la justicia militar

de Sámano, tímidamente trató de sustraer de la jurisdicción militar por lo menos a los cuatro reos que tenían carácter civil, Policarpa, Sabarain, Arellano y Manuel Salvador Díaz, pero sus empeños fueron inútiles.

Hemos llegado a la mañana del aciago día 14 de noviembre de 1817. Ya están alineadas las tropas en cuadro con todas las formalidades y exigencias que disponen la ordenanza y los reglamentos de guarnición. Ya están tocando a agonía las campanas y ya está hecha la calle desde el Colegio del Rosario hasta la plaza. Presidirá la ejecución el mayor don Rafael de Córdova quien se ha retardado algunos instantes. La multitud se agolpa en los contornos de la plaza mayor pues, su centro y el lugar de las ejecuciones están bien guardados por la tropa. Hasta el empedrado mismo del lugar recuerda los sufrimientos de los patriotas, ya que esos cantos y guijarros fueron sentados allí por manos de distinguidos servidores de la independencia a quienes Morillo obligó a tan abatido oficio. Es una multitud abigarrada, heterogénea, donde las capas de grana y los casacones de paño de San Fernando se entremezclan con las ruanas de lana virgen y las burdas mantas socorranas, donde las basquiñas y mantones de las señoras se entreveran con los follados de zaraza de las mujeres plebeyas y las mantellinas y los chircates de las indias puras. Con esa inconsciencia de las clases populares, las mujeres llevan las criaturas al emocionante espectáculo cuyo atractivo (si así puede llamarse) aumenta hoy con la ejecución de una mujer gallarda, hermosa y en la flor de la edad. Un corto silencio se hace al aparecer por la bocacalle de la catedral el Santo Cristo de los Mártires entre el redoble de las cajas, el tintineo del esquilón y los pasos acompañados de la escolta. La multitud se

remece curiosa cuando van asomando los ocho primeros ajusticiados. Al aparacer Policarpa, se arremolina en oleadas y se estrella contra los cordones de soldados que mantienen el orden. Sobre ese tumulto se levanta la voz altísima de la heroína increpando a sus perseguidores y alentando a los encogidos ánimos del pueblo con votos por la libertad y la promesa de su futura victoria. Ni el batir de las cajas, ni los gritos de los oficiales pueden ahogar esa voz clamante ni borrar esas palabras que han recogido testigos que lo presenciaron y oyeron, como el General José Hilario López, entonces simple soldado del pelotón de ejecución, o como el cronista José María Caballero, que con su doble curiosidad de patriota y memorialista se halló a pocos pasos del cortejo.

En su último gesto, que es como el sello final de su delicadeza, de su decoro femenino y de su honestidad, al ser requerida para ocupar en el banquillo la posición que permitiera atarla al respaldo del mismo para ser fusilada por la espalda, como correspondía a la sentencia de culpable del delito de traición y lesa majestad, reclamó de no ser propio ni decente en una mujer adoptar semejante posición y arrodillándose sobre el banquillo, dió su cuerpo de 21 años en holocausto, por la libertad y por la república futura.

La trágica ceremonia termina al ser suspendidos de las horcas los ensangrentados cadáveres de José María Arcos, Francisco Arellano, Alejo Sabarain y Manuel Salvador Díaz. Ya han desfilado las tropas, ya se ha ido disgregando por las cuatro esquinas de la plaza mayor la multitud ahora silenciosa y acobardada. Los señores de la Audiencia quieren llenarse de razón y acumular argumentos para su reclamo. Si sólo se tratara de haber ejecutado militares en servicio, aún su

prestigio y autoridad pueden quedar a salvo, pero si entre los nueve reos hubo algunos paisanos (civiles en nuestro lenguaje de hoy), tendrían fundamento para alegar ante el Rey y el Ministerio Español. Gracias a la diligencia que en ese momento hizo el escribano del Acuerdo, visitando el lugar del suplicio y recogiendo testimonio de los soldados, queda claramente establecido que Sabarain, Arellano y Manuel Salvador Díaz no fueron ejecutados como militares y por eso para ellos y para Arcos, que había franqueado documentos, se complementó el suplicio con la afrenta de la horca, que se ahorró a los otros cuatro militares desertores y a la Pola. Ya anocheciendo, los cofrades de La Veracruz vinieron por los cuerpos de los mártires y condujeron los ocho cadáveres a una tumba anónima en el camposanto. Los dos padres Salavarrietas, con la congoja más lacerante, recogieron los despojos de aquella marchitada belleza para dar a su hermana la eterna paz bajo las losas del templo de San Agustín, en un lugar que si lo conociéramos sería ungido por la veneración de la Patria.

Pasado el asombro momentáneo, con un estallido rápido y fulgurante, podríamos decir rencoroso y vengativo, revientan las guerrillas insurgentes en el nordeste de la sabana, en la vertiente hacia el Magdalena, en la región fronteriza entre las provincias de Santafé y de Tunja y en las abruptas serranías socorranas. Hay documentos que muestran con cuanta velocidad la noticia del sacrificio de Policarpa llegó a lugares como Timaná en el Huila, Cartagena en la Costa, a los llanos de Casanare y a Santo Tomás de Angostura en el Orinoco. La resistencia sacó coraje de su ejemplo y de su martirio, la musa ingenua, anónima y popular tomó su nombre y sus hechos para ponerlos en letras de co-

plas y romances y su nombre quedó ya vinculado íntima, entrañable e indeleblemente a la mejor historia de Colombia.

Con prejuicios de aristocracia criolla y con remilgos de un puritanismo ignorante se ha discutido a Policarpa el derecho de simbolizar a la mujer colombiana en la historia de nuestra independencia. Tal cosa no es solo ingratitud e injusticia, es también ignorancia de los hechos históricos y torcida visión de un personaje tan digno y tan noble. Hoy, miembros de la Academia Colombiana de Historia, guardiana celosa del pasado que pone

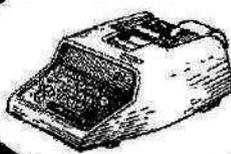
a la verdad por sobre todo, representantes de las Fuerzas Armadas, herederos de aquellos soldados patriotas a quienes ella auxilió y favoreció encausándolos a costa de su vida hacia los ejércitos de los llanos, y niñas alumnas de los colegios oficiales de la capital, venimos a decir aquí, ante este monumento de pobre material pero de altísimo simbolismo, que nuestra Policarpa Salavarría es digna de toda glorificación y de todo culto como patriota decidida y eficaz, como mártir de la independencia y como persona digna de condecorarse con el título de mujer colombiana.

EQUIPOS PARA OFICINA

MAQUINAS DE ESCRIBIR



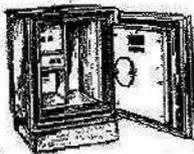
SUMADORAS



MAQUINA DE ESCRIBIR ELECTRICA



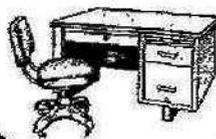
CAJAS MOSLER



PROTECTORAS DE CHEQUES



MUEBLES PARA OFICINA



DISTRIBUCION Y SERVICIO

Underwood

Safeguard

MOSLER

mogollón

Cartagena - Barranquilla - Bogotá
Bucaramanga - Santa Marta - Montería.